

TESIS SOBRE LA TÁCTICA DE LA I.C.¹

Stato Operaio, 6 de marzo de 1924.

I. PREMISAS

Las condiciones para alcanzar los objetivos revolucionarios de la Internacional Comunista se dividen en las de naturaleza objetiva, que residen en la situación del régimen capitalista y en el estadio de la crisis que éste atraviesa; y las de naturaleza subjetiva, que se refieren a la capacidad de la clase obrera para luchar por el derrocamiento del poder burgués y para organizar su propia dictadura con unidad de acción, es decir, logrando subordinar todos los intereses parciales de grupos restringidos al interés general de todo el proletariado y al objetivo final de la revolución.

Las condiciones subjetivas son de dos tipos, a saber:

- a) La existencia de partidos comunistas preparados para las tareas revolucionarias, es decir, dotados de una clara visión programática y de una organización bien definida que les asegure la unidad de acción.
- b) Una influencia predominante del partido comunista sobre las masas de trabajadores y sobre sus organizaciones económicas, frente a las otras tendencias políticas del proletariado.

El problema de la táctica consiste en que los partidos comunistas escojan los mejores medios para materializar simultáneamente estas condiciones revolucionarias de naturaleza subjetiva, basándose en las condiciones objetivas y en su proceso de desarrollo.

(Aquí habría que incluir los párrafos de las tesis de Zinoviev que describen la situación política y económica mundial, la ofensiva del capital y la situación del movimiento obrero).

¹ Proyecto de tesis presentado por el P.C.I. en el IV Congreso de la I.C. (noviembre de 1922, pocos días después de la Marcha sobre Roma) y de nuevo en el V Congreso (junio de 1924). El IV Congreso de la Internacional Comunista fue el último en el que participó Lenin. En este Congreso, que pasó por alto del Tratado de Rapallo entre Alemania y la URSS, se consolidó el giro derechista iniciado en el III. Se aceptó la consigna de "gobierno obrero", llevando la interpretación del frente único de partidos políticos al terreno parlamentario y confirmando plenamente la colaboración entre comunistas y socialistas. En efecto, la I.C. propuso la fusión del P.C.I. con el P.S.I., organizaciones que se habían escindido apenas dos años antes. Este proyecto de tesis presentado por el P.C.I. ni siquiera llegó a ser discutido en el Congreso. El desarrollo y la agudización de las divergencias entre el partido italiano y la Internacional culminaron en este IV Congreso, en el que los intentos de la I.C. de formar un grupo de oposición en el P.C.I. (comandado por Tasca o por Gramsci) coincidieron con las ofertas de la dirección de izquierda de este partido de dimitir y dejar paso a la dirección de una minoría que estuviera de acuerdo con las directrices de la Internacional, sin renunciar a la defensa de sus posiciones. Es entonces cuando surgió la corriente centrista de Gramsci, que pasó de seguir las directrices del grupo dirigente de izquierda del P.C.I. a seguir las del grupo dirigente centrista de la I.C.

II. CONSTITUCIÓN DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS Y DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

La bancarrota de la Segunda Internacional y la revolución rusa han dado lugar a la reconstitución de la ideología revolucionaria del proletariado y a su reorganización política en las filas de la Internacional Comunista.

Para cumplir con su tarea unificadora de la lucha del proletariado de todos los países hacia el objetivo final de la revolución mundial, la Internacional Comunista ante todo debe asegurar su propia unidad de programa y de organización. Todas las secciones y todos los militantes de la Internacional Comunista deben comprometerse a través de su adhesión a los principios del programa común de la Internacional Comunista.

Eliminando todos los vestigios del federalismo de la vieja Internacional, la organización internacional debe asegurar la máxima centralización y disciplina. Actualmente el desarrollo de este proceso atraviesa ciertas dificultades, debido a las diferentes condiciones en las que se encuentran los distintos países y a que aún persisten las tradiciones del oportunismo. Esto no se puede resolver eficazmente con expedientes mecánicos, sino mediante una efectiva unidad de método que ponga en evidencia las características comunes de la actividad de los grupos de vanguardia del proletariado en los diferentes países.

No se puede admitir que un grupo político cualquiera se adhiera a la disciplina y a la organización revolucionaria internacional mediante la simple aprobación de determinados textos y la promesa de respetar una serie de compromisos. Por el contrario, hay que tener en cuenta el proceso real que han desarrollado los grupos organizados (partidos y tendencias) que actúan sobre el terreno de la política proletaria, cómo se ha formado su ideología y cuál es su experiencia activa, a la hora de juzgar si pueden -y en qué medida- formar parte de la Internacional Comunista.

Las crisis disciplinarias de la Internacional Comunista se deben al doble aspecto que asume hoy el oportunismo tradicional: puede aceptar con entusiasmo las formulaciones de la experiencia táctica de la Internacional Comunista, sin llegar a comprender que están sólidamente ligadas a los fines revolucionarios, limitándose a aplicarlas formalmente para luego insertarlas en sus viejos métodos oportunistas, despojadas de toda conciencia y voluntad finalista y revolucionaria; y también puede rechazar estas formulaciones tácticas, criticándolas superficialmente como renuncias y repliegues respecto a los objetivos del programa revolucionario. Tanto en un caso como en el otro se trata de una incompreensión de las relaciones que existen entre los objetivos comunistas y los medios que se emplean para lograrlos.

Para acabar con el peligro oportunista y las crisis disciplinarias, la Internacional Comunista debe lograr que su centralización organizativa repose en unas claras y precisas resoluciones tácticas y en una exacta definición de los métodos a aplicar.

Una organización política, es decir, una organización basada en la adhesión voluntaria de todos sus miembros, sólo responde a las exigencias de la acción centralizada cuando sus componentes conocen y aceptan el conjunto de los métodos que pueden ser aplicados por el centro en cada situación.

El prestigio y la autoridad del centro, que no emana de sanciones materiales, sino de una serie de parámetros entre los cuales están los factores psicológicos, exigen una absoluta claridad, decisión y continuidad

en las declaraciones programáticas y en los métodos de lucha. Esta es la única garantía para formar un verdadero centro de acción unitaria del proletariado internacional.

Una organización sólida sólo puede derivar de unas normas organizativas estables; cuando todos confían en que éstas se aplican imparcialmente, se reducen al mínimo las rebeliones y las deserciones. Los estatutos organizativos, así como la ideología y las normas tácticas, deben dar una impresión de unidad y de continuidad.

Estas consideraciones, que se basan en una rica experiencia, demuestran que si queremos pasar del periodo de construcción de la Internacional de los partidos comunistas al de la acción del Partido Comunista Internacional, debemos deshacernos de unas normas organizativas que son totalmente anormales. Hablamos, por ejemplo, de las fusiones de secciones aisladas de la Internacional con otros organismos políticos; de la formación de estas secciones mediante la adhesión de organizaciones obreras, y no en base a adhesiones individuales; de la existencia de fracciones o de grupos organizados en tendencia en el seno de la organización; de la penetración sistemática y el entrismo en unos organismos políticos que tienen su propia disciplina (esto vale también, y con más razón, para las organizaciones militares).

Si la Internacional sigue aplicando estos expedientes, asistiremos a manifestaciones de federalismo y a rupturas disciplinarias. Si este proceso de eliminación de dichas anomalías se frena o se invierte, o si éstas se producen sistemáticamente, correríamos el grave peligro de recaer en el oportunismo.

Y si llegamos a tal situación, es posible que las fracciones de izquierda vuelvan a tener un papel revolucionario, convirtiéndose en la única garantía frente al revisionismo de la derecha.

III. LA CONQUISTA DE LAS MASAS

Una de las tareas fundamentales de los partidos comunistas es conquistar una influencia creciente sobre las masas. Para esto se debe recurrir a todos los medios tácticos oportunos que ofrece la situación objetiva, a los medios que sirvan para aumentar progresivamente la influencia ideológica en las capas del proletariado y las diversas formas de encuadramiento sobre las que se apoya el partido.

La conquista de las masas no puede realizarse con la simple propaganda de la ideología del partido y con el simple proselitismo, sino participando en todas las acciones a las que los proletarios se ven empujados por su situación económica. Es necesario hacer comprender a los trabajadores que estas acciones, en sí mismas, no aseguran el triunfo de sus intereses; sólo pueden aportar una experiencia, un resultado organizativo y una voluntad de lucha que encuadrar en la lucha revolucionaria general. Esto no se logra negando tales acciones, sino estimulándolas, incitando para ello a los trabajadores a que las emprendan y presentándoles las reivindicaciones inmediatas susceptibles de provocar una unión cada vez más amplia de los trabajadores que participan en la lucha.

Incluso en las situaciones de desarrollo normal del capitalismo, es una necesidad fundamental para los partidos marxistas revolucionarios luchar por las reivindicaciones concretas de los grupos proletarios, en el mismo terreno que los sindicatos y grupos afines. Las reivindicaciones más generales de orden social y político también deben servir para el trabajo revolucionario. Pero estas reivindicaciones no deben llevar compromisos

con la burguesía, en los que el proletariado sale perdiendo al renunciar a la independencia de sus organizaciones de clase y a su propaganda del programa y de los métodos revolucionarios a cambio de las concesiones de la burguesía.

A través de las acciones por las reivindicaciones parciales, el partido comunista entra en contacto con las masas, lo cual le permite hacer nuevos prosélitos: al completar con su propaganda las lecciones que la experiencia ofrece a las masas, el partido atrae su simpatía y gana popularidad entre ellas, haciendo que surja a su alrededor toda una red más amplia de organizaciones, ligadas por una parte a los más profundos estratos de las masas y, por otra, al centro dirigente del propio partido. De este modo se crean las condiciones para una disciplina unitaria de la clase obrera. Esto se logra con el *entrismo* sistemático en los sindicatos, las cooperativas y en toda forma de organización cuyo objetivo sea defender los intereses de la clase obrera. Deben surgir redes organizativas análogas, en cuanto sea posible, en todos los campos de la actividad del partido, a saber: lucha armada y acción militar, educación y cultura, trabajo entre los jóvenes y las mujeres, penetración en el ejército, y así sucesivamente. El objetivo de este trabajo es que el partido comunista conquiste una influencia no sólo ideológica, sino también organizativa sobre la mayor parte de la clase obrera. En consecuencia, en su trabajo en los sindicatos, los comunistas tratan de extender al máximo la base de estos, así como la de todas las organizaciones de naturaleza análoga, combatiendo toda escisión y propugnando la unión organizativa allí donde la escisión ya se ha producido, siempre que estas organizaciones ofrezcan una mínima posibilidad de desarrollar un trabajo de propaganda y de *entrismo* comunista. En casos especiales, esta actividad puede también ser ilegal y secreta.

Los partidos comunistas, aunque trabajen con el objetivo de tomar la dirección de las centrales sindicales -palanca indispensable para el manejo de las luchas revolucionarias- a través de la conquista de la mayoría de los obreros organizados, acatan siempre con disciplina las decisiones de su dirección, y no exigen que estas organizaciones sindicales o afines se sometan al control del partido o que esto deba quedar reflejado en los estatutos de dichas organizaciones o en determinados acuerdos circunstanciales con ellas.

IV. EL FRENTE ÚNICO

La ofensiva del capital y sus particulares características actuales ofrecen a los partidos comunistas unas posibilidades tácticas concretas para acrecentar su influencia sobre las masas. De aquí surge la táctica del frente único.

La ofensiva capitalista tiene un doble objetivo: destruir las organizaciones proletarias capaces de llevar a cabo una ofensiva revolucionaria e intensificar, además, la explotación económica de los trabajadores para intentar reconstruir la economía burguesa. Por tanto, la ofensiva capitalista choca directamente incluso contra los intereses de los proletarios que todavía no han sido ganados por la conciencia y el encuadramiento revolucionarios, y ataca también a las organizaciones que carecen de programa revolucionario y están dirigidas por elementos oportunistas. Dando por hecho que aceptar la lucha, aunque sea defensiva, supone plantear un problema revolucionario y alinear a los trabajadores en un frente de lucha contra la clase burguesa y sus instituciones, la burocracia que encuadra a dichos organismos trata de sabotear incluso la mera resistencia defensiva, renunciando incluso al iluso programa de mejora gradual de las condiciones de vida del proletariado.

La situación surgida de la primera ola revolucionaria de la posguerra básicamente persiste, incluso en los países con gobiernos burgueses de “izquierda”. La táctica del frente único también debe aplicarse en esta fase “pacífica” que se desarrolla en el contexto histórico de la crisis general del capitalismo.

Dicha táctica permite a los partidos comunistas arrastrar a la lucha incluso a los obreros que no tienen una conciencia política desarrollada. A los partidos comunistas les es posible invitar a estos estratos de trabajadores a participar en acciones unitarias por reivindicaciones concretas e inmediatas, que consisten en la defensa de sus intereses amenazados por la ofensiva del capital.

Para tal fin, los comunistas proponen una acción común de todas las fuerzas proletarias, encuadradas en sus más diversas organizaciones.

Esta táctica nunca debe entrar en contradicción con la tarea fundamental del partido comunista, que es difundir, en el seno de las masas obreras, la conciencia de que el programa comunista y el encuadramiento organizativo en torno al partido comunista es el único camino que puede llevarles a su emancipación. ¹.

La perspectiva del frente único es doble. La invitación al frente único servirá para desarrollar una campaña contra los programas y la influencia de las otras organizaciones proletarias, en caso de que éstas rechacen la invitación de los comunistas; es evidente que, si ocurre así, el partido comunista saldría beneficiado. Por el contrario, si se llega realmente a la situación en la que todas las organizaciones proletarias y todo el proletariado actúan conjuntamente, entonces el objetivo del partido comunista será tomar la dirección del movimiento cuando las condiciones generales permitan darle una salida revolucionaria. Cuando esto no sea posible, el partido comunista deberá emplear todos los medios para convencer a las masas -a través de las vicisitudes de la lucha, ya lleven a un éxito parcial o al fracaso, si no hay más remedio- de que el partido comunista es el único que puede llevar hasta la victoria la causa del proletariado; si con anterioridad el partido comunista ha venido desarrollando una campaña sobre las propuestas concretas que garantizan el éxito de la lucha, como ha participado con sus fuerzas en primera fila de la acción común, podrá luego hacer que las masas comprendan que la victoria sólo será posible cuando las organizaciones no comunistas no tengan una influencia predominante sobre ellas.

Por tanto, la táctica del frente único es un medio para que el partido conquiste una influencia ideológica y organizativa preponderante.

La tendencia instintiva de las masas a la unidad debe emplearse cuando sea favorable para la táctica del frente único; debe ser combatida cuando conduzca al resultado opuesto.

Por consiguiente, el grave problema táctico del frente único presenta unos límites, fuera de los cuales nuestra acción entra en contradicción con nuestros objetivos. Estos límites deben ser definidos, en lo que respecta al contenido de las reivindicaciones, los medios de lucha y las bases organizativas que se proponen, tratando de que las fuerzas proletarias los adopten como plataforma.

Las reivindicaciones que el partido comunista plantea para el frente único no deben estar en contradicción con los programas de los diferentes organismos a los que se propone la coalición, sino que deben ser realizables con unos métodos de lucha que ninguno de dichos organismos pueda rechazar por principio.

Esta es la única manera que nos permite hacer campaña contra las organizaciones que rechacen adherirse a la propuesta de frente único; o aprovechar el desarrollo de la acción en un sentido favorable para el aumento de la influencia comunista, en caso de que lo acepten.

Se podría proponer cualquier reivindicación susceptible de ser defendida a través de la acción directa del partido: la defensa de los salarios y de los convenios de trabajo en la industria y en la agricultura, la lucha contra los despidos y el paro, la defensa efectiva del derecho de asociación y de agitación.

Se podrían proponer como medios de lucha todos aquellos que el partido comunista no rechaza en sus propias acciones independientes y, por lo tanto, todas las formas de propaganda, de agitación y de lucha con las que la clase proletaria se enfrenta nítida y declaradamente al capital.

En fin, las bases de la coalición deben ser tales que, en caso de derrota, como los otros organismos proletarios, a pesar de haberse comprometido en una acción general proletaria, no habrán aceptado las propuestas comunistas -cuyo conjunto deberán conocer las masas- (o habrán empleado los mismos medios de lucha que el partido comunista, como la huelga general, etc., pero con otros objetivos), el partido comunista, que no se ha quedado al margen de la acción común, podrá hacer recaer la responsabilidad en aquellos que han dirigido la lucha y la han llevado al proletariado a la derrota, es decir, sobre dichos organismos.

En consecuencia, el partido comunista no aceptará formar parte de alianzas junto a otras organizaciones políticas, uniones que traten de dirigir el movimiento general del proletariado con continuidad y bajo responsabilidad común. El partido comunista evitará también hacer declaraciones comunes con otros partidos políticos si éstas contradicen parte de su programa y se presentan al proletariado como resultado de unas negociaciones para llegar a una línea de acción común.

Cuando de lo que se trata no es de una breve polémica pública para invitar a otros organismos a la acción, dando por hecho que se negarán, sino que ciertamente es posible llegar a una lucha común, el centro dirigente de la coalición debe consistir en una alianza de organismos proletarios de carácter abierto, de manera que la dirección se presente ante las masas como susceptible de ser conquistada por los diferentes partidos que actúan en el seno de las organizaciones obreras. Los sindicatos y el resto de organizaciones económicas pueden constituir su base, pero también los Soviets, que surgirán (cuando se lance la consigna) en una situación revolucionaria más desarrollada.

Solamente así se garantiza la eficacia de la táctica del frente único, a pesar de que, debido a la influencia de los oportunistas, la acción esté abocada a una victoria incompleta o a una derrota de la clase obrera.

Hay que rechazar, por oportunista, toda interpretación del frente único como una coalición de los estados-mayores de los partidos comunistas con el resto de partidos autoproclamados obreros. El partido comunista debe demostrar constantemente, no sólo con la crítica teórica, sino con su actitud política y táctica, que no existe más partido de la clase obrera que él y que la socialdemocracia, del color que sea, no representa sino el ala izquierda del ejército burgués.

Está claro que no se trata de ningún modo de negarse a todo contacto personal con los jefes oportunistas por motivos sentimentales o morales, sino de rechazar el frente único “por arriba” para poder convertir la táctica del frente único en una palanca para las verdaderas y masivas luchas revolucionarias.

V. EL GOBIERNO OBRERO

Las reivindicaciones inmediatas que interesan al proletariado también pueden estar ligadas a la política del Estado.

El partido comunista debe formular también este tipo de reivindicaciones y proponerlas como objetivos de la actividad que debe llevar a cabo todo el proletariado a través de la presión externa sobre el gobierno, con todos los medios de agitación al alcance.

Cuando el proletariado se dé cuenta de que, si quiere conseguir tales reivindicaciones, el gobierno debe caer, el partido comunista deberá aprovechar esto y reflejarlo en su propaganda por el derrocamiento del poder burgués y por la dictadura proletaria, lo mismo que ocurre cuando los trabajadores constatan que sus demandas económicas no pueden ser atendidas en el marco de la economía capitalista.

Cuando el régimen de gobierno se encuentra en una situación crítica por la correlación de las fuerzas sociales, es necesario hacer de su derrocamiento una reivindicación concreta que sea accesible a las masas, y no una simple fórmula de propaganda. Tal exigencia podrá formularse como la reivindicación de que el poder político pase de las manos del gobierno existente, basado en la representación parlamentaria, a las de una organización del proletariado capaz de representarle y de la que estén excluidas las capas sociales no productivas, naturalmente. Tal reivindicación (el poder a los Soviets, a los Comités de Control, a los Comités de la Alianza Sindical) se puede plantear a los trabajadores de todos los partidos y a los sin partido, pues todos ellos se verán representados en dichos organismos. Todos los trabajadores terminarán aceptándola, incluso en contra de la opinión de sus propios dirigentes. Esta reivindicación entra en el marco de la tarea política propia del partido comunista, dado que su realización implica la lucha revolucionaria y la supresión de la democracia burguesa, y al proponerla se arrastra a toda las masas proletarias por esta vía. Pero no debe excluirse que dicha consigna extraparlamentaria pueda ser lanzada también en el parlamento o en una campaña electoral.

Si hablamos del gobierno obrero como gobierno de coalición de partidos obreros, sin indicar en qué forma de representación se basarán las instituciones de dicho gobierno, no estamos lanzando una reivindicación comprensible para los obreros, sino sólo una fórmula propagandística que confunde los términos de la necesaria preparación revolucionaria, ideológica y política. Los partidos son organizaciones constituidas para tomar el poder, y los partidos que formen el gobierno obrero no serán aquellos que luchan por conservar las instituciones parlamentarias burguesas.

Hablar de gobierno obrero afirmando -o no excluyendo- la posibilidad de que surja de una coalición parlamentaria en la que participe el partido comunista, significa negar en la práctica el programa político comunista, o sea, la necesidad preparar a las masas para la lucha por la dictadura.

La situación política mundial no permite prever la formación de gobiernos de transición entre el régimen burgués parlamentario y la dictadura proletaria, sino más bien la de gobiernos de coalición burgueses que dirigirán con extrema energía la lucha por la defensa contrarrevolucionaria. Si hubiera gobiernos de transición, el partido comunista, por principios, los dejará bajo la responsabilidad de los partidos socialdemócratas, mientras estos gobiernos sigan basados en las instituciones burguesas. Esta es la única forma que permite al partido comunista preparar la conquista revolucionaria del poder y suceder al gobierno de transición. Por eso hay que rechazar la consigna del gobierno obrero como sinónimo de la dictadura del proletariado.

Cuando aún no han surgido los órganos capaces de apoderarse del poder político (al llegar a un determinado grado de su desarrollo) y no aún podemos lanzar la consigna para formarlos, la única palabra del partido comunista acerca de la cuestión del Estado y el poder no puede ser otra que la dictadura del proletariado.

VI. RELACIONES CON EL CAMPESINADO

La táctica del frente único, naturalmente, debe extenderse y enfocar el problema de las relaciones con la clase campesina. Esto, aunque quedó establecido como principio en las tesis del II Congreso, está lejos de haberse resuelto en la práctica de los partidos comunistas.

En las reivindicaciones en las que se basa el frente único, por tanto, hay que incluir las reivindicaciones salariales de los obreros agrícolas, la defensa de los aparceros y los pequeños campesinos contra los terratenientes, y la protección del pequeño propietario campesino que trabaja su parcela contra la expropiación a la que le amenazan los grandes terratenientes y el fisco.

Las organizaciones del frente único deben ser capaces de surgir no sólo en los centros industriales, sino también en las pequeñas ciudades agrícolas y en el campo. Por eso, el partido comunista, tras haber extendido su organización a las regiones y los ambientes rurales, hará todo lo posible por ayudar a que se formen organizaciones económicas campesinas, en las que tendrán que entrar los grupos comunistas. También habrá que esforzarse en canalizar esa tendencia a formar “partidos campesinos” (pequeños propietarios trabajadores) hacia la formación de organismos de defensa de tipo “sindical”. Esta es la única forma de impedir que los grandes propietarios y sus instrumentos políticos controlen las organizaciones campesinas y de trabajar para que la influencia comunista conquiste el movimiento campesino.

Las reivindicaciones sobre la conquista del poder por parte de los órganos proletarios deben mencionar expresamente que los campesinos también estarán representados en ellos; pero el partido, en su política y su agitación, no renuncia a subrayar constantemente el papel predominante que tiene en la revolución la clase obrera propiamente dicha. Se podría avanzar, por ejemplo, la consigna: “Todo el poder a los consejos de obreros y campesinos pobres”.

VII. LA CONQUISTA DE LAS MASAS DESORGANIZADAS

La existencia de fuertes y florecientes organizaciones económicas es una buena condición para el trabajo de penetración en las masas. La agudización del desequilibrio de la economía capitalista crea una situación objetivamente revolucionaria. Sin embargo, tras la aparente prosperidad de la inmediata posguerra, cuando la crisis apareció con toda su gravedad, la capacidad de la lucha del proletariado se reveló insuficiente. Así, asistimos hoy en muchísimos países a una hemorragia de militantes en los sindicatos y en todas las organizaciones análogas. Es previsible que el mismo fenómeno no tarde en verificarse en otros países.

En consecuencia, la preparación revolucionaria del proletariado se vuelve más difícil, a pesar de la expansión de la miseria y del descontento.

En primer plano aparece el problema del encuadramiento de las masas de parados por parte de los partidos comunistas, así como de los elementos proletarios reducidos a un estado caótico por la parálisis de la máquina productiva. Es posible que dentro de algún tiempo este problema resulte más grave que el de la conquista de los obreros que siguen a otros partidos proletarios, a través de las organizaciones económicas que éstos dirigen, problema que está bien afrontado en la táctica del frente único. A la decadencia económica, hay que añadir la intensa acción contrarrevolucionaria del conjunto de todas las fuerzas burguesas, por lo que probablemente los organismos económicos proletarios no comunistas se vaciarán más rápidamente. Eso entonces supondrá que los términos del problema de la conquista de las masas se han modificado.

Habrà que organizar los intereses proletarios de manera distinta, pues el trabajo revolucionario debe apoyarse siempre sobre las situaciones concretas y reales. En la fase actual, la tarea es encuadrar a los estratos proletarios sin trabajo y desorganizados en torno a los comités y los órganos del frente único de las organizaciones obreras, con sus respectivas formas de representación. El partido comunista deberá ser el centro de la lucha y del contraataque contra la centralización reaccionaria capitalista que tiende a imponerse sobre una clase obrera en desbandada, dispersa y definitivamente abandonada a su suerte por la burocracia oportunista.

Esta perspectiva no contradice el hecho de que se esté abriendo un periodo aparentemente "pacífico", después de los acontecimientos políticos de Inglaterra, Francia y otros países. Los comunistas no deben esperar a que lleguen mejores tiempos para organizarse y hacer agitación en los sindicatos y otras organizaciones reformistas, pues precisamente estas organizaciones se encuentran socavadas y amenazadas por la situación histórica.